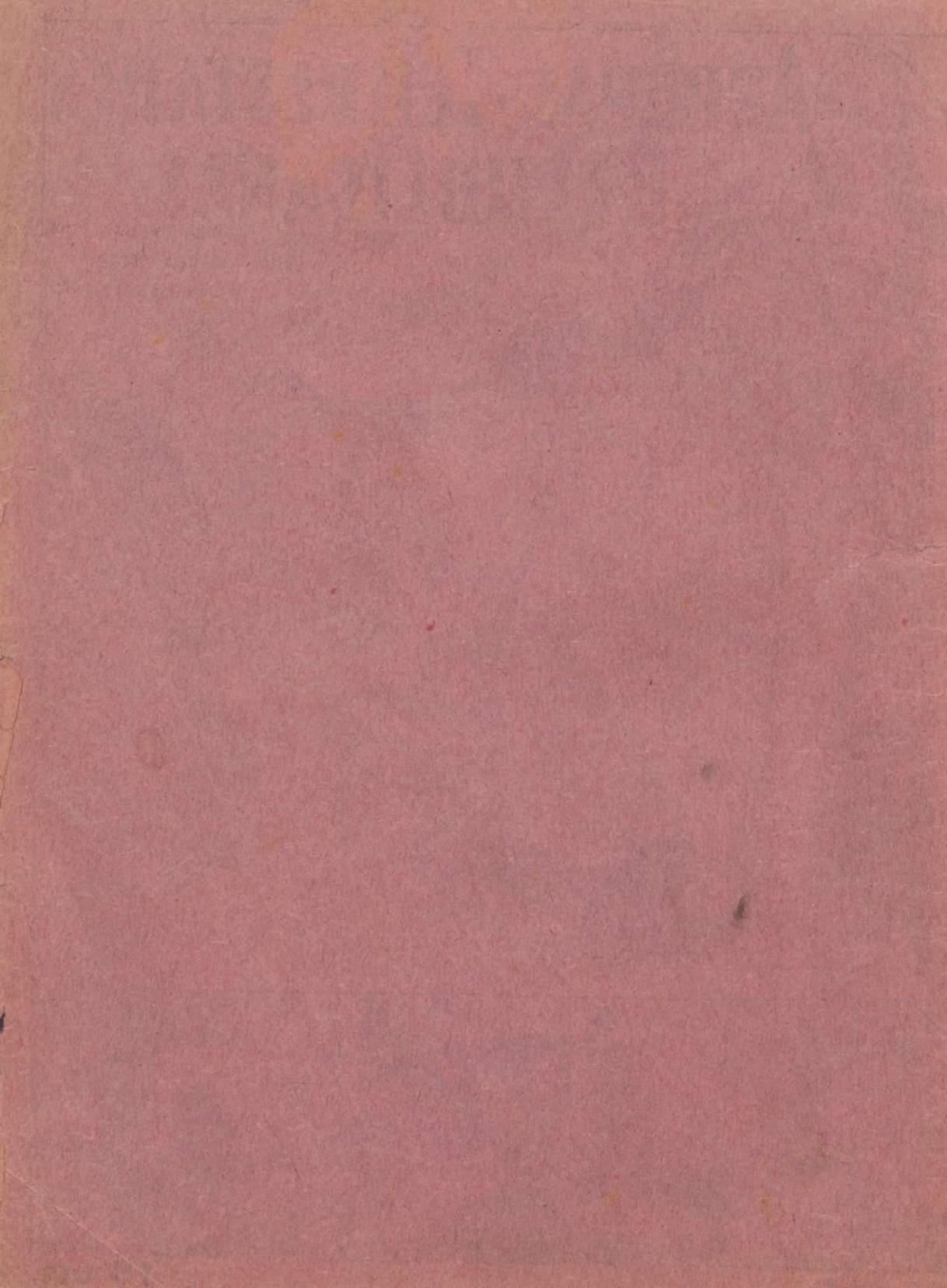


AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA
BAJO LAS GARRAS
DEL DESPOTISMO







CAPITULO VII

HABILIDAD CRIMINAL

I: LOGICA DESCONFIANZA.—II: CONSEJOS OPORTUNOS.—III: VALOR Y LEALTAD.
IV: EL ATENTADO.”

I

LOGICA DESCONFIANZA

Para el buen orden de nuestro relato, en el que la lealtad y la traición, alentada por muchos siglos de opresión y de injusticia, riñen descomunal batalla, no debemos separar nuestra atención ni nuestras pupilas del gabinete reservado donde el padre Amador y el general Tassara habían celebrado una importante y secreta conferencia.

Hallábase el general dominado por la nerviosidad profunda de aquellas horas de inquietud en que su suerte y acaso su vida habían de decidirse.

Desconfiaba de todo y aunque en el palacio del duque de Albaida no podía temer una traición extrañóle mucho la breve ausencia del sacerdote antes de que el ordenanza recibiera la orden de buscar a Pedro Recio.

Apenas salió el soldado Tassara clavó sus azules pupilas en el rostro del cura, cuajado en estudiado y habitual gesto de mansedumbre y exclamó severo:

—¿Quién está tras esa cortina, padre Amador?

—¿Desconfiáis?

—Quiero, secillamente, que respondáis a mi pregunta.

—Tranquilizaos. Por muy grave que pueda ser vuestra decisión hacia la buena causa nadie en esta casa sería capaz de denunciaros al Gobierno de la República.

—A pesar de todo no me respondéis.

—¿Consideráis falsas mis palabras?

—Francamente, no puedo considerarlas muy leales, puesto que me ocultáis lo que deseo saber.

—Tengo para ello razones que nada os perjudican.

—Sin embargo... ¿Con quién hablasteis?

—¡Reportaos, general!

—Respondedme.

—No puedo.

—Entonces lo veré yo mismo y así acabaremos antes.

Tassara avanzó y corrió la roja y pesada cortina antes que el padre Amador pudiera evitarlo.

En la estancia próxima y reclinado sobre una butaca halló a Gonzalo. El aristócrata, obsesionado, impaciente porque llegara el momento de poner en práctica el plan maquiavélico preparado por el sacerdote, no advirtió la presencia del general y éste hubo de llamarle.

—¡Gonzalo!

El heredero alzó el rostro. La sorpresa le había hecho palidecer ligeramente y Tassara interpretó aquella palidez por la emoción inconfesable que le produjo a Gonzalo haber sido descubierto.

—¿Qué hacéis aquí?—interrogó nerviosamente el militar.

El duquesito se alzó altivamente de la butaca.

—Por mucho respeto que pueda profesaros no puedo consentir que me pidáis cuentas de lo que se me ocurra hacer en mi propia casa.

—¿Espías?

—Eso podría interpretarlo como un insulto.

—¿Has escuchado mi diálogo con el padre Amador?

—¡Apenas sé de lo que han tratado!

—¿Pero lo sabes?

—¡Vamos, general! Se halla usted demasiado nervioso y... ¡la verdad!, no es para tanto... Al fin y al cabo, como buen monárquico...

—¡Tú eres Alfonsino!

—Lo que no puede ser un inconveniente para que usted sea carlista.

—¡Ah!

—¡Bah! Tranquilícese...

—No debo tranquilizarme. Estabas espiando... y deshonrando tu nombre.

—¡General Tassara!

Las pupilas del heredero rebrillaban y las del militar habían quedado quietas, inmóviles en terrible expresión de amenaza.

El diálogo acaso hubiese tenido un fin trágico sin la oportuna intervención del padre Amador, que avanzó hasta colocarse entre el general y el aristócrata.

—¡Haya paz, señores! Ni existe traición ni cosa que lo valga. Gonzalo —añadió el sacerdote, dirigiéndose a Tassara—no espiaba, esperaba, que no es precisamente lo mismo.

—¿Esperaba? ¿Y qué podía esperar?

—¡Basta!—exclamó el duquesito—. ¡Semejante indiscreción resulta intolerable!

—¿Por qué?—medió el padre Amador—. Entre caballeros todo puede decirse, y vale la pena deshacer el equívoco. Yo le contaré al general Tassara la razón de tu espionaje y no dudo que ha de quedar satisfecho.

—Pero...—inició Gonzalo.

—¡Calla!... Si el asunto carece de importancia.

Y tras una sonrisa, el clérigo añadió:

—Se trata, general, de una calaverada... Verá usted... Pedro Recio, ese que usted desea conquistar para la buena causa, tiene novia y Gonzalo se ha encaprichado de la muchacha.

—¿Y para eso ha de espiarnos a nosotros?

—¡Naturalmente!... Espera saber el momento, la hora en que Pedro Recio ha de salir de su casa para correr a ocupar su puesto.

—¿Es decir—exclamó Tassara, dirigiéndose al heredero—que te vales de esta circunstancia para sorprender a esa muchacha?

—¡Bah!... Usted a lo suyo, general—intervino el clérigo.

—Tiene usted razón! Más vale olvidar ciertas cosas que juzgarlas.

—Cuando usted quiera saldremos... nuestro hombre estará a punto de llegar.

—¡Vamos!

El general avanzó algunos pasos hacia la puerta de salida, pero antes de llegar al umbral miró a Gonzalo y pronunció sordamente:

—¡Cobarde!

Gonzalo, dejando escapar una despreocupada sonrisa, le volvió la espalda.

II

CONSEJOS OPORTUNOS

Media hora después nuestros dos personajes penetraban en cierto edificio de la calle del Turco, residencia del militar, y minutos más tarde hallábanse ante un grupo de oficiales.

Estos lanzáronse cuando Tassara apareció en el umbral de la estancia y a a pregunta muda del sublevado, pregunta que se reflejó en sus pupilas sin despegar sus labios, respondieron, adelantándose el que más autoridad parecía tener entre los reunidos.

—¡Todo dispuesto, general!

—¿Todo?

—En absoluto. Sólo esperamos órdenes para obrar.

Tassara avanzó unos pasos y el padre Amador, tras una ligera inclinación de cabeza, procuró perderse entre los rojos cortinajes del gabinete.

Tras unos segundos de silencio, el general expresó lentamente.

—Necesitamos aguardar.

—Nos permitimos advertirle que un aplazamiento sería el mayor peligro. Daríamos tiempo a una posible delación y entonces...

—¿Delación? ¿De quién? ¿Acaso dudáis de alguno de los comprometidos?

—¡Las paredes oyen, mi general!

—Tras de cada amigo puede haber un traidor.

—Sin embargo... ¡Es preciso esperar!

—¿Días?

—¡Horas nada más!... Ahora necesito celebrar una conferencia importante y...

—¡Esperamos sus órdenes!

Un minuto más tarde, cuando Tassara había quedado sólo, surgiendo de la sombra apareció junto a él el padre Amador.

—Os recuerdo que Pedro Recio debe llegar de un instante a otro.

—¡Ya lo sé!

—Es que... me parece que debéis tratarlo con toda gentileza.

—¿Qué?

—¿No me comprendéis?

—¡Confieso que no puedo comprenderos!

—Tratáis de ganar a ese hombre para la buena causa, ¿no es cierto?

—Ya lo sabéis.

—¿Y si rechaza la proposición?

—Trataré de convencerlo.

—¿Y si no lo conseguís?

—¡Ante lo imposible!...

—En ese caso no basta con la resignación... Tanto usted como yo nos encontraríamos muy comprometidos.

—¿Usted cree?

—¡Naturalmente! Pedro Recio nos denunciará a sus amigos de la República y los republicanos nos fusilarán.

—¡Es verdad!... Sin embargo... ¡existe una solución!

—¿Y es?

—Que Pedro Recio acepte o no pueda salir de aquí. Los soldados que me rodean, los mismos que han ido a traerle, me obedecen ciegamente.

—¡Insigne torpeza, general!

—¿Tenéis otra solución?

—La vuestra me parece contraproducente. Esas cosas se saben y la sangre de Pedro Recio debe ser muy cara.

—Entonces...

—¡Desechad preocupaciones y malas ideas!... Creo que lo mejor será que preparéis un buen vino, el mejor que tengáis, y un servicio para invitar a nuestro hombre... en caso necesario...

—¿Qué intentáis?

—¿Acaso no servimos ambos a la misma causa?

—¡En efecto!

—Entonces no preguntad y seguid mi consejo.

Tassara vaciló unos instantes. Comprendía perfectamente al padre Amador y le repugnaba seguir el camino que criminalmente le marcaba. Acaso si le hubiera sido posible, en aquellos momentos hubiese retrocedido renunciando a todos sus propósitos, pero comprendió que ya era demasiado tarde.

—¡No!—imaginó—. Ya no es tiempo. Si Pedro Recio no aceptara mi proposición sería preciso reconocer que el padre Amador opina justamente. Recio acaso sería mi mayor enemigo y para salvarnos es preciso tener la seguridad absoluta de su silencio...

No pudo proseguir su reflexión, porque el clérigo vino a interrumpirla.

—¡Por fin, general? Piense usted que la guerra lo exige y lo justifica todo.

—Así lo imaginaba en estos instantes.

—¡Quién sabe si de tal decisión, de tal necesidad atendida, depende la felicidad de España!

Tassara, sin hacer más objeciones, avanzó hacia la pesada mesa que ocupaba el centro de la estancia y agitó rápido, procurando dominar su nerviosidad, una pequeña campana de plata.

Un criado apareció en el umbral del gabinete.

El general volvióse al clérigo:

—¿Mistela o vino?

—Lo primero es mejor. El aguardiente da más energías.

Y al pronunciar la frase, en los labios del cura hubo una sonrisa fría, tajante, como el acero de un cuchillo homicida.

Dos minutos después, el servicio hallábase colocado sobre una mesa.

Apenas salió el criado, una vez cumplida la orden, en la puerta del gabinete resonaron dos golpes leves y apareció el ordenanza emisario.

—Pedro Recio espera el momento de ser recibido por vucencia.

En aquel mismo instante el padre Amador advirtió que alguien, oculto tras la cortina que separaba el gabinete de una estancia inmediata, tirábale con suavidad del manto. Giró el rostro y preguntó levemente:

—¿Por dónde has entrado, Tomás?

—Por la escalera de servicio.

—¿Nadie te puso dificultades?

—Nadie. Con las nuevas ideas del general yo soy aquí un verdadero personaje.

—Sin embargo... procura que no te vean... Pero no te alejes mucho y espera mis órdenes.

III

VALOR Y LEALTAD

Quando el enamorado de Carmen salió de su modesta vivienda, acompañado por el ordenanza hubo de retroceder sorprendido ate la escolta de cuatro hombres que debían conducirlo.

El emisario de Tassara apremió:

—¿Vamos?

—Antes necesito saber si voy en calidad de detenido.

—No.

—Entonces...

—Son precauciones para que nadie pueda estorbarnos el camino.

Pedro Recio amaba el peligro. Acaso hubiera podido fugarse pero le intrigaba aquella inesperada orden del general.

El ordenanza, único que vestía uniforme militar, habíase adelantado algunos pasos al iniciar la marcha y Pedro Recio quedó rodeado por su escolta. Así emprendieron el camino hacia la calle del Turco.

Nuestro protagonista marchaba cabizbajo, obsesionado por sus hondas y enrevesadas preocupaciones.

—Conocen mi guarida—imaginaba—. Y esto es acaso para mí una verdadera amenaza. ¡Será preciso cambiar de palomar!

Absorto iba en estas reflexiones, cuando advirtió que uno de los hombres que lo conducía hábale tocado disimuladamente en el brazo derecho.

Pedro Recio dirigió sus pupilas al que parecía avisarle y éste expresó quedamente:

—Escucha, pero no me mires. La vista al frente y el oído atento. Los que nos acompañan no deben advertir que hablamos.

—¿Quién eres tú?

—Ordenanza del general Tassara, pero estoy afiliado a la Internacional y recibo órdenes del club.

Pedro Recio, dominado por la sorpresa, intentó detenerse, pero el que hablaba exclamó rápido:

—¡Adelante! Si nos descubren todo estará perdido.

Sin interrumpir la marcha el obrero interrogó:

—¿Sabes para qué me llaman?

—Para sobornarte.

—Trabajo inútil.

—Ve con cuidado. Si antes de media hora no has salido de la conferencia, avisaré al club.

—Gracias.

El soldado, hecha ya la confianza necesaria, guardó silencio. Sus compañeros de escolta no habían advertido nada. Ni una sola mirada fué cambiada entre los dos hombres.

Apresurando el paso pronto cubrieron la distancia que los separaba de la Calle del Turco.

Penetraron todos en la residencia del general, y ya hemos visto cómo el ordenanza, a punto de terminar el intencionado diálogo entre el padre Amador y Tassara, anunciaba la presencia en la casa de nuestro protagonista.

Dos minutos más tarde, Pedro Recio atravesaba lentamente el umbral del aposento y hubo de reprimir un movimiento de profunda sorpresa.

No había olvidado el obrero el rostro pálido y magro del padre Amador, ni sus ojos pequeños y vivos. Una sola vez le había visto acodado en alta ventana de cierto edificio, situado frente al palacio del Congreso y le bastó tan sólo un instante para recordarlo.

Recio no podía adivinar que aquel hombre, enfundado en negra sotana, era el artífice de toda su desgracia, pero subjetivamente sabía que le odiaba.

—¿Por qué?

Pedro Recio, que estaba seguro de aquel odio, no hubiese acertado entonces a justificarlo.

El general Tassara avanzó hacia el obrero y le tendió la mano derecha que Pedro se guardó de estrechar.

—¿Me desaira usted?—interrogó el militar sonriendo.

—Jamás un general, que yo sepa, ha ofrecido sus manos a un obrero.

—Por algo estamos e época de revolución, amigo mío—replicó Tassara, sin apagar la estudiada sonrisa—. Además, tan general es usted sin entorchados como yo con ellos.

Pedro Recio, sin hacer mucho caso de aquellas palabras, paseaba sus miradas por la estancia con marcado recelo.

Buscaba el peligro inmediato que podía amenazarle, pero sus pupilas no llegaron a descubrirlo.

Tassara le invitó a ocupar una butaca y Pedro Recio, dispuesto a justificar en aquella entrevista su apellido, la ocupó sin prisa. Conservaba en la mano su gorra de albañil y en su mirada una expresión de verdadero desafío.

IV

EL ATENTADO

El general tras unos segundos de silencio para encontrar la mejor iniciación de la difícil entrevista, expresó:

—Le dije antes que ambos éramos generales y acaso usted lo sea más que yo, puesto que el ejército que le obedece no está sujeto a códigos de acción limitada que coarten su voluntad. Yo tengo, además, al ejército amenazado por una posible orden de disolución y usted tiene al pueblo que sabe derribar tronos y fabricar democracias... Así...

—¡Bien, general! Esas son palabras inútiles. Verdades o mentiras que se hace preciso creerlas, pero que ya están harto sabidas para repetir las.

—¡Es cierto! No puede usted negar su mayor mérito: la decisión.

—Ante todo deseo saber qué papel desempeña en esta conferencia ese sacerdote.

—Se trata del padre Amador.

—No es la primera vez que le veo, pero jamás había escuchado su nombre.

—Pues él le conoce a usted perfectamente. Esta entrevista la celebramos gracias a su indicación. El padre Amador admira a Pedro Recio y le considera uno de los elementos positivos para salvar a España.

El clérigo se alzó de la butaca, inclinándose y Pedro Recio, sin responder a la cortesía, clavó sus pupilas en el pálido rostro del cura.

Tassara vacilaba entre tanto.

Pedro Recio hubo de apremiar.

No había olvidado que su misterioso compañero, pasada media hora, avisaría al club y temía una complicación cuyas consecuencias nadie podría preveer.

—Ya es tiempo, general. Quiero saber para qué he venido aquí.

—Ante todo, amigo Recio, ¿qué opina usted de la flamante República?

—No vengo obligado a comunicar a nadie mis opiniones.

—Pero... ¿usted no piensa que ha sido un tránsito más infeliz que dichoso?

—Repito que no me considero obligado a opinar.

—Sin embargo... Yo sé que su patriotismo es inmenso y de buena ley.

—¡De eso estoy seguro!

—Entonces sobre determinada pasión usted pondría siempre la felicidad de España, mucho más si le ofrecieran una fórmula segura para conseguirla.

Pedro vaciló y tras un instante de silencio, dijo:

—...¡Sin duda!

—¡Vamos!—exclamó Tassara, tras una sonrisa de fingida satisfacción—. ¿Ve usted cómo, a pesar de todos sus recelos, hemos coincidido?

—¿Coincidido en qué?

—En lo más esencial. No en valde el padre Amador me habló mucho de la sensatez que le distinguía,

—¡Acabemos, general! ¿De qué se trata?

Recio, al hacer la pregunta y sin poder dominar su nerviosidad instintiva, habíase alzado de la butaca.

Tassara le imitó y arrastrado por aquel instante decisivo, pronunció resuelto:

—La causa carlista necesita de un hombre como usted para salvar a España, restableciendo la monarquía legítima. ¿Qué me responde?

Ante la inesperada proposición, Recio quedó un instante aturdido. Adivinó el serio peligro en que estaba envuelto. Su lealtad a la causa revolucionaria triunfó si nembargo.

Las pupilas del padre Amador y del general Tassara, clavadas estaban en su rostro. Los dos hombres esperaban anhelantes la respuesta.

Pedro Recio advirtió aquella incertidumbre casi angustiada y dispuesto a dar el pecho a todas las consecuencias, expresó lentamente tras una fría sonrisa:

—Por desgracia para ustedes, señores, se han equivocado.

—Entonces... ¿No acepta?—interrogó el general.

—No soy cobarde ni traidor.

—Las condiciones...

—¡Basta! Piensa usted iniciar el soborno y francamente le digo que de hallarnos en otro terreno ya le hubiese cruzado el rostro.

Tassara, dejándose llevar por la rabia de la derrota alzó el brazo derecho, pero el padre Amador detuvo rápido el movimiento.

Pedro Recio, tranquilo, no había dejado de sonreír.

El clérigo entraba en acción. Se había perdido el primer intento y era preciso emplear el segundo para que el valeroso obrero, sin ruido y sin escándalo, desapareciera de Madrid de cualquier manera.

Fingiéndose absoluta placidez y una vez evitada la agresión, dijo:

—¡General! Sería impropio de un caballero. Además debe pensar que se halla en su casa, que todo el poder material está de su parte. Debe usted procurar que Pedro Recio no piense nunca que le tragimos a una emboscada.

—¡No he visto cosa más parecida!—replicó el obrero.

—Pues, no, señor; no es así. En todo esto no existen más que nervios y bueno será terminar en paz la entrevista. ¿No es cierto, general?

Tassara comprendió. Las pupilas del clérigo eran demasiado elocuentes.

—¡Bien está! Sea como usted quiera.

Rápido, el padre Amador acercóse adonde estaba el servicio poco antes traído por uno de los criados, escanció la bebida en las tres copas y, disimuladamente, extrajo de una de sus bocamangas cierto paquete diminuto, cuyo contenido dejó caer en la copa que había de ofrecer a Recio. Luego, por sí mismo, llevó el servicio a la mesa central e invitó al obrero.

Pedro, receloso, tomó la copa que el sacerdote le ofrecía, pero no pudo llevarla a los labios. Antes de que lo realizara o arrojara el líquido, la cortina que cubría la entrada del gabinete se alzó y una mujer, Carmen, penetró resueltamente en la estancia y de un tremendo manotazo hizo caer la copa que Recio alzaba en su mano derecha. El tallado vidrio rompióse en mil pedazos y la enamorada muchacha ciñó con sus brazos el cuello del obrero.

—¿No has comprendido que pretendían asesinararte?

En aquel instante, cauteloso, el padre Amador desapareció del aposento.

En la sombra, tras el cortinón que le separaba de los principales actores de la escena, tomó violentamente a Tomás por uno de los brazos y ordenó rápido, nervioso:

—¡Pronto! ¡Escribe! Es preciso llevar inmediatamente un anónimo al Ministerio de la Guerra.



CAPITULO VIII

UN PROYECTO ARRIESGADO

I: ASTUCIA FEMENINA.—II: DESCUBIERTO.—III: UN AMIGO ABNEBADO.
IV: A TRAVES DE LAS SOMBRAS

I

ASTUCIA FEMENINA

¿Qué había sucedido a Carmen en la casita de la cabecera del Rastro y por qué misteriosas circunstancias hubo de llegar tan oportunamente a la residencia del general Tassara?

Brevemente habremos de relatarlo.

A partir del instante en que rechinó la cerradura de la puerta que guardaba la pobre vivienda de Pedro Recio, una honda inquietud, una visión exacta de la inesperada traición que alguien había descargado sobre la enamorada pareja ocupó el pensamiento de la muchacha.

No podía perder un instante. Quien pretendía penetrar en el miserable cuarto después de arrancar de allí a Pedro Recio, disponía de los medios para conseguirlo y un momento después lo habría realizado irremediablemente.

Carmen carecía de armas para defenderse y solamente el ingenio, la profunda astucia femenina, podían ofrecerle un problemático medio de salvación. Rápida corrió a situarse junto al marco de la puerta y, cuando ésta abrióse hacia el interior de la estancia y Gonzalo de Togores allanó la morada de su rival, Carmen, rápida, obrando con absoluta presencia de ánimo, empujó violentamente por la espalda al heredero y mientras éste rodaba sobre el pavimento la valerosa mujer descendió por la empinada escalera, sin que el burlado duquesito tuviera tiempo para detenerla.

El porrazo había sido tremendo y Gonzalo permaneció inmóvil algunos minutos hasta que cedió el dolor del golpe y pudo erguirse.

Una rápida astucia de mujer había hecho fracasar todos los maquiavélicos propósitos del padre Amador y de su cómplice.

Cuando pudo levantarse Gonzalo, imaginó inmediatamente lo muy comprometido de su situación.

—Hay que salir de aquí. Avisará y serían capaces de asesinar me.

Mordiéndose los puños por la rabia de la derrota y buscando trémulo la fuga dirigióse a la puerta que, por su fortuna, había quedado libre, pero cuando intentó salir un hombre con los brazos abiertos se opuso al propósito.

Gonzalo retrocedió comprendiendo que había perdido la partida. Quiso rehacerse, pero el que se oponía a su fuga le detuvo otra vez sonriendo.

—¡Calma, señorito! Has venido por lana y por fin sales trasquilado. Recio tiene quien le guarde las espaldas y yo sabía que más tarde o más temprano habías de caer en el cepo.

El que hablaba no era otro que Severino, viejo compañero de nuestro protagonista, que calladamente había montado una guardia cerca de la vivienda de Recio y pudo sorprender a Gonzalo, después de indicar a Carmen hacia dónde el obrero había sido llevado por su escolta.

No pudo detener a la muchacha y cuando la enamorada emprendió frenética carrera hacia la calle del Turco. Severino ascendió a la bohardilla y Andrés y Samuel, que le acompañaban, quedaron en el portal.

Minutos más tarde, Gonzalo, arrastrado escalera abajo, era conducido por los tres obreros.

Andrés le saludó sacudiéndole por una de las solapas de la levita.

—¡Sabía yo que volveríamos a vernos! Ahora que me parece que ha de ser esta la última vez.

Samuel, que tenía sujeto a Gonzalo por la rizada pechera de la camisa, preguntó a Severino:

—¿Qué hacemos ahora con esta buena pieza?

—Vamos a darle un honor que no merece.

—¿Cuál?

—¿Dónde han ido los nuestros?

—Se han empeñado en colocar una bandera roja en el convento de las monjas de Góngora.

—Pero...

—Han ocupado el edificio y la Guardia Civil disparará sobre el primero que intente conseguir el propósito.

—¡Pues, andando! Esa bandera la colocará don Gonzalo. Le daremos una muerte gloriosa, ya que su vida ha sido tan infame.

El heredero palideció al escuchar su condena. Comprendió perfectamente de lo que se trataba y a punto estuvo de desplomarse. Severino sostuvo a su presa por uno de los brazos y exclamó tras una sonrisa:

—No tenga miedo. Las balas de los civiles no matan más que a los obreros. A los de sangre azul los respetan.

Gonzalo no despegó los labios.

Le faltaban fuerzas y decisión para rebelarse.

A tiempo de emprender la marcha Severino exclamó, clavando en Andrés su mirada:

—Tú a la calle del Turco. Para llevar a este sinvergüenza, Samuel y yo nos bastamos.

Un momento después, Gonzalo emprendía forzosamente la ruta de su sacrificio.

Trabajo le costó a Severino llegar hasta el sitiado convento. Había de atravesar con su presa las líneas de guardias que disparaban sobre el edificio ocupado por los revoltosos y la lógica resistencia del heredero hacía más difícil el camino y más probable un grito que pudiera delatarlos. Era esto lo que más temía el obrero y para evitarlo, rápido rasgó un trozo de

su oscura blusa y con él improvisó una mordaza que no sin muchas dificultades acabó aplastando los labios del aristócrata.

Samuel había puesto a prueba sus energías en aquellos instantes. De un tremendo puñetazo derribó a Gonzalo y sus brazos poderosos le inmovizaron, mientras Severino le amordazaba.

—¡Ya está!—exclamó el viejo—. Ahora ya no te será fácil delatarnos.

Samuel incorporó al aristócrata de un solo empujón y su compañero, arrastrando a Gonzalo por uno de los brazos, le obligó a reanudar la marcha.

Las pupilas del fracasado seductor rebrillaban siniestramente. Toda la rabia inútil de su derrota y toda la desesperación además por la suerte horrible que le esperaba asomábase a sus ojos y la frente palidísima casi desaparecía bajo la negra cabellera revuelta.

Fué preciso retroceder para no caer en manos de la Guardia Civil.

Severino utilizó una estrecha calleja y por fin pudo ganar un estrecho portal del edificio defendido por algunos obreros.

—¿Habéis colocado ya la bandera?—interrogó Severino.

—Todavía no. Esos malditos civiles disparan como diablos y al que salga con ella no le dejarán tiempo para colocarla.

—¡Dámela! Aquí traigo yo al encargado de realizar esa valentía.

Un segundo después Severino ponía en las manos del aristócrata la roja enseña revolucionaria.

—¡Adelante!—le gritó, empujándole por la espalda.

Gonzalo quiso resistir inútilmente. Casi arrastrando hubo de salir al balcón y apenas su figura apareció tras la balastrada, resonó la descarga.

El cuerpo del heredero se desplomó exánime. La bandera de la revolución le cubrió el rostro palidísimo.

II

¡DESCUBIERTO!

Cuando Andrés llegó al portal de la residencia del general Tassara detúvose desalentado. No había podido encontrar a Carmen y temía comprometer su libertad si penetraba en el edificio. Absorto estaba en aquellos pensamientos y por ello no pudo observar que del portal de la casa salió Tomás cautelosamente y procurando no hacer el más leve ruido avanzó rápido hacia la calle de Alcalá.

Minutos antes que Andrés había llegado Carmen. Dispuesta a pechar con todas las consecuencias ascendió por la suntuosa escalera. Sus energías habían sido centuplicadas por la nerviosidad y hubo de derribar a uno de los criados que pretendía detenerla.

Ya en el piso superior del edificio, el instinto guió sus pasos y así pudo llegar al gabinete, donde, después de una violenta conferencia, se preparaba un crimen.

Ya hemos dicho que el padre Amador había desaparecido. El general Tassara quedó inmóvil, sorprendido por la inesperada intervención.

Carmen contenía las iras de Pedro Recio y anhelante quedó junto al obrero cuando éste pudo, casi violentamente, deshacer el nudo de sus brazos.

Tassara, temiendo al escándalo que podría revelar cuanto allí había sucedido, procuró recobrar la serenidad perdida, y conteniendo la rabia del fracaso, dijo por fin, tras una pausa, extremadamente violenta:

—Creo, Recio, que se dará usted perfecta cuenta de la situación en que estoy colocado.

Pedro dejó escapar una sonrisa y dijo después:

—Sin duda alguna, general. La traición no va sola por el mundo y en ocasiones el corazón de una mujer puede dominarla.

—Quiero saber si puedo contar con su discreción.

—¿Con mi discreción? ¿Sobre qué?

—¡Seamos claros! Toda una brigada está a punto de sublevarse.

—Y usted quiere que yo guarde el secreto... ¿no es así?

—La vida de muchos hombres está en sus manos.

—¡Justo!... Y para salvarlas, si me negaba a una complicidad vergonzosa habrían ustedes pensado asesinar-me.

—¡No es verdad!

—No quiero discutirlo. Sé que engo razón y esto me basta. Eso ha pasado ya...

—Entonces...

—No sé mentir. Sería un traidor a mi conciencia y a mi patria si callara.

—¿Quiere usted decir? ...

—Que denunciaré la sublevación al gobierno de la República. Esos hombres cuya vida usted quiere salvar, la de usted mismo, van a reforzar las tropas de don Carlos, atizando la hoguera de una guerra fratricida... ¡y eso no, general! Los traidores deben caer. La libertad de España costará ríos de sangre, pero será conseguida. Ahora huya usted si puede. ¶

Recio inició un movimiento para dirigirse hacia la puerta de salida arrastrando tras él a Carmen, pero Tassara, ciego por el peligro, que consideraba inminente, pretendiendo ahogar la delación que consideraba segura, alzó el brazo armado de una pistola para disparar sobre Recio.

Carmen advirtió el propósito y lanzando un grito de angustia protegió con su cuerpo el pecho del obrero. Sus negros ojos brillaban intensamente. La suelta y negra cabellera le cubría los morenos hombros y en los labios entreabiertos había un gesto indefinible, mitad de reto y mitad de voluntario sacrificio.

Tassara no disparó. Le faltó valor para consumar el crimen. Su brazo derecho cayó desalentado y el arma rodó inútil sobre la roja alfombra del gabinete.

Pedro Recio, buscando desesperado la venganza, pretendió apartar a Carmen nuevamente. Pudo lograrlo y cuando ya sus manos amenazaban enclavarse sobre la garganta del militar, un oficial y algunos soldados armados penetraron en la estancia apuntando con sus fusiles a los actores de la violenta escena.

Un segundo de absoluto y angustioso silencio. Después, la voz, un poco rúmula del oficial recién llegado:

—General, la sublevación ha sido descubierta. Pedro Recio y vucencia quedan detenidos. Haga el favor de entregarme su espada.

Tassara no pudo pronunciar una sola palabra. Un nudo de inquietud le cerraba la garganta. Pedro protestó..

—El es un traidor. Yo fui arrastrado villanamente a esta casa.

—¡Eso ya lo explicarás en el consejo sumarísimo!—replicó el oficial.

—¡Es infame!—clamó Carmen desesperada—. ¡Pedro es inocente!

Llorando abrazóse al cuerpo del obrero. Quería defender su libertad co-

mo había defendido su vida y sus manos anudáronse sobre el cuello del enamorado y el lloroso rostro se apretó sobre el pecho jadeante.

Inútiles fueron entonces los esfuerzos de Pedro Recio para separarla.

En aquellos instantes entregaba su espada el general detenido y el oficial ordenó a los soldados que le acompañaban:

—Retirad a esa mujer y salgamos de aquí.

Los soldados avanzaron, dispuestos a cumplir la orden, pero Recio no les dejó llegar.

—¡No la toquéis! ¡No pongáis una sola mano sobre ella!

Y luego, clavando en Carmen sus pupilas, añadió:

—Sepárate, déjame. Mancharían tu cuerpo si llegaran a sujetarte.

La muchacha obedeció y Pedro, a modo de despedida, besó la frente pálida y atormentada y tras el general Tassara salió, conducido por los soldados.

Carmen, casi arrastrando, llegó a lo más alto de la suntuosa escalera. Descendió lentamente, temiendo rodar a cada instante, y cuando logró llegar al portal, en los brazos de Andrés desplomóse desvanecida.

III

UN AMIGO ABNEGADO

—Cúidala mucho, madre; no salgas de aquí, no la dejes un instante.

—¿Y tú adónde vas?

—Pedro está acusado de traición, se trata de una nueva infamia y es preciso salvarlo a toda costa.

—El perderá la vida y tú la perderás también, hijo mío.

—Cállese y haga lo que le digo. Cierre bien la puerta antes que despierte y cuando abra los ojos júrele, si hace falta, que Pedro ha recobrado la libertad. Yo me encargo de que ese juramento se cumpla.

Este diálogo sucedía media hora después de los sucesos relatados, entre Andrés y su madre, a la que ya tuvimos ocasión de conocer en uno de nuestros precedentes capítulos.

Andrés no carecía de medios económicos para trabajar en favor de Pedro Recio, a quien había estado a punto de traicionar. Los billetes de Banco que a título de soborno había recibido de Gonzalo servían entonces para allanar dificultades.

Por tal circunstancia pudo Andrés conducir a Carmen hasta su pobre casa en un carruaje y todavía esperaba mucho de la bolsa que por entonces tenía bien repleta.

Apenas puso los pies en la calle corrió al club. Ya sabían allí lo sucedido; el soldado amigo de los obreros acababa de llegar con la noticia y se organizaba en aquellos instantes una salida para arrancar violentamente a Pedro Recio de las manos de la tropa.

Andrés hizo que tal proyecto fuera abandonado por inútil.

El presidente del centro afectado por la desagradable noticia, interrogó levemente:

—¿Adónde le han llevado?

—Al cuartel de San Gil—respondió el militar.

—La violencia no puede servir para salvarlo. Un asalto, aun suponiendo que pudiéramos intentarlo, significaría un peligro en estas circunstancias...

—Sin embargo—replicó Andrés—tenemos el deber de sacrificarnos por nuestro compañero.

El soldado añadió impaciente:

—La decisión ha de ser rápida. Acaso dentro de una hora todos los esfuerzos resultarán inútiles.

—No le matarán—observó el presidente—. La pena de muerte no existe.

—En un calabozo del cuartel se le pueden meter a un hombre cuatro balas en la cabeza y asegurar después que se ha suicidado.

—No llegará ese caso. Todavía tenemos quien pueda ayudarnos.

—¡Pues si es cierto, no perdáis un instante!

El presidente y Andrés abandonaron el centro y minutos más tarde atravesaban apresurados la plaza de Antón Martín.

* * *

—¡No puede ser! ¡No es posible!

—Pedro Recio hallábase conferenciando con el general Tassara y la ley ha de cumplirse inflexiblemente.

—Usted sabe que Pedro es inocente. Acabamos de explicarle cómo y por qué se le ha tendido el lazo.

—Los hechos parecen demostrar otra cosa y se hace preciso castigar. La moralidad del ejército está perdida.

—Pedro Recio no es militar.

—Pero odas las apariencias le condenan como cómplice en la fracasada sublevación.

—¡Eso es una infamia!

De este modo conversaban el presidente del centro y Andrés con Pi y Margall, de quien habían solicitado ayuda para el infeliz compañero.

Había llegado a tal punto la entrevista cuando en el umbral del aposento donde se estaba celebrando apareció el general Córdoba a la sazón titular del Ministerio de la Guerra.

—Nunca más oportunamente que ahora—exclamó el apóstol del federalismo al descubrirle.

—Venía—expresó Córdoba—a celebrar con usted una entrevista reservada.

—Bien... pero antes... necesito pedirle un favor.

—¿Acaso sobre Pedro Recio?

—Justo. Ha sido acusado cuando, precisamente, renunció la complicidad que le ofrecían.

—No está demostrado, don Francisco, y mi deber es que la ley se cumpla.

Andrés no pudo reprimir la pregunta:

—¿Le matarán?

—Será deportado con otros treinta acusados de rebelión.

El obrero respiró después de escuchar aquella respuesta. Quería preguntar adónde deportarían a su compañero, pero le faltó valor para intentarlo. Pi y Margall salvó el inconveniente:

—¿Dónde serán destinados?

—A Canarias—respondió el general Córdoba—. Saldrá esta noche después de las doce en cuerda de presos hacia Cádiz.

Nada se podía intentar. Los dos obreros, sin despegar los labios, llegaron a la calle. Allí Andrés se despidió del presidente del club y desapareció corriendo tras la primera esquina.

IV

A TRAVES DE LAS SOMBRAS

Ha cerrado la noche. La figura de un hombre se acerca cautelosamente a la puerta del cuartel de San Gil.

Muy cerca de la garita del centinela se ha detenido. Pasan diez minutos, quince, cerca de media rora. El hombre parece impacientarse y encogido, pegado al muro del edificio militar, adelante el rostro para bucear con sus pupilas en las sombras impenetrables de la noche.

Diez minutos más. Con la primera campanada de las nueve un soldado pasa junto al misterioso personaje. Avanza como si no le hubiera descubierto y luego retrocede rápidamente, pegado al muro, hasta encontrarlo.

—¿Te decides por fin?—pregunta el que esperaba.

—Es un asunto en el que me puedo jugar la cabeza.

—Para eso son los amigos, para las ocasiones.

—Tendré que sobornar al encargado de los calabozos.

—¿Cuánto?... ¿Doscientas pesetas?

—Poco.

—¿Quinientas?

—Quizá...

—¡Ahí las tienes!

El soldado abre mucho los ojos para tomar el dinero con las manos un poco trémulas.

Andrés, pues no es otro quien ha terminado el trato, exclama levemente:

—Quiero tener la seguridad de que Pedro recibirá mi encargo.

—Yo mismo le entregaré lo que hayas de darme.

—Aquí lo tienes. En esta caja pequeña lleva unas sierras de acero para que pueda cortar el grillete. Además le das esta carta.

—No intentarás que haya de fugarse del cuartel... Antes que pudiera conseguirlo le tenderían de un balazo.

—Ya sé yo lo que me hago. Tú cumple con lo que te digo y lo demás lo dejas de mi cuenta. ¿A qué hora saldrán?

—A las doce en punto.

—A las cuatro de la mañana en el alto del León.

—¡Seguramente!

—¡Adiós!

Los dos hombres se separaron y mientras el soldado atravesaba el amplio portal del viejo cuartel, Andrés perdióse en la sombra caminando apresuradamente.

No estaba empleando mal el dinero de Gonzalo de Togores.

A nadie había dado cuenta de sus proyectos, y en este caminar a través de las sombras procuró pasar por los sitios menos frecuentados.

De lejos escuchó algunas descargas de fusilería. En otra ocasión hubiera corrido a compartir el peligro con sus compañeros, pero entonces procedió de modo contrario, alejándose lo más posible de todo cuanto hubiera podido detenerlo.

Sin interrumpir su marcha pensó en el duquesito de Albaida.

—Si ha cumplido Severino lo que se proponía a estas horas el señor du-

que se habrá quedado sin heredero. Hay que ver lo que son las cosas... Ese sinvergüenza de Gonzalo pasará a la historia como un revolucionario heroico... Mal está, pero lo importante es quitarlo de en medio. El diablo se encargará de descubrirlo capuzándolo en el infierno.

Andrés disponíase a salir de Madrid inmediatamente. Sabía que la empresa era arriesgada y pensó ver a su madre, por si aquella era la última vez. Ya en dirección a su casa, se detuvo.

—¡No!... Carmen está allí y si la engaño me conocerá en la cara la mentira. Es mejor no ir. Si me da una bala, paciencia... para ellos, que a mí maldita la falta que me hace después de muerto.

Bebió unas copas de anís en la primera taberna que halló al paso y, re-comfortado por el alcohol que hacía cruzar estrellitas de luz frente a sus pupilas, abandonó el centro de la capital y salió al campo.

El viento fresco de la noche ahuyentó de su conciencia las ideas pesimistas. Ya no pensaba en la muerte, sino en el triunfo.

—La fuga no será difícil—imaginaba—. Pedro está bien advertido y en estos momentos, mientras está cortando el grillete, seguramente prepara su libertad. ¡Y que tengamos República para esto!

Absorto en tan hondas meditaciones alejábese de Madrid. Tres horas llevaba de camino cuando advirtió que necesitaba descansar para proseguir la ruta.

Sentado al margen de la carretera examinó la pistola.

—Está bien cargada y tengo proyectiles de reserva. Si nos descubren y tiran sobre nosotros, nos defenderemos. ¡Hay que jugárselo todo a una carta!

Pocos minutos duró el descanso; la impaciencia, el temor de que la cuerda de presos políticos se le adelantara le hizo incorporarse y proseguir el camino.

A lo lejos dibujábase la montaña que los presos habían de cruzar. Andrés dirigióse a ella y ganó la cúspide con poco trabajo. Desde allí podía atalayarse cómodamente la carretera.

Pasó una hora a dos, de verdadera incertidumbre. Por fin, Andrés descubrió a lo lejos una masa de sombras que avanzaba hacia el monte.

—¡Ellos son!

Confirmó la idea la realidad de la visión esperada, los rayos de luz blanca que las estrellas arrancaban a las bayonetas. El momento comprometido, acaso trágico se acercaba.

Andrés, a rastras para no ser advertido, arañándose el rostro en la maleza, abandonó la cumbre y a ocultarse fué tras unos peñascos.

En su mano derecha empuñaba la pistola y el corazón le saltaba en el pecho.

La cuerda de deportados avanzaba silenciosamente como una procesión de fantasmas.

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

LA NOVELA INFANTIL

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- ROB-BOY, EL ESCOCES INVENCIBLE.—17 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORAZON DE LEON, EL REY AVENTURERO.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MONTBARTS, EL PIRATA JUSTICIERO.—29 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DIGK TURPIN, EL AUDAZ ENMASCARADO.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM TYLER, EL REY DE LOS COW-BOYS.—21 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MANO DE HIERRO, EL ESPADACHIN INVENCIBLE.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BUFFALO BILL, EL EXTERMINADOR.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RUGGIERO, EL MISTERIOSO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KRAM, EL HIPNOTIZADOR.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KEN MAYNARD, EL COW-BOY INVENCIBLE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BARBARROJA, LA FIERA DEL MAR.—15 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SINMIEDO, EL DEMONIO DE LOS MARES.—50 cuad. a 10 cts. cuaderno.
LOS DEMONIOS DE LA SELVA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JIM BOY, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DRACK, EL REY DE LOS PIRATAS.—28 cuad., a 10 cts. cuaderno.
COLECCION DETECTIVESCA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS DRAMAS MISTERIOSOS.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORTACABEZAS, EL EXPLORADOR INVENCIBLE.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DE NORTE A SUR.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL NAVARRO, EL EXTERMINADOR DE LA PRADERA.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM MIX, EL COW-BOY INVENCIBLE.—40* cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DIK, EL REY DE LA PRADERA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CORREO DE LYON, O UN INOCENTE GUILLOTINADO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DEL CAPITAN RAYO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS CINCO INVENCIBLES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SANSON, EL PIRATA.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PUSO DE ACERO, EL P.QUEÑO DETECTIVE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LA VIDA AVENTURERA.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MASCARA NEGRA, EL VENGAADOR.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BANDIDOS CELEBRES DE TODO EL MUNDO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JOSE MARIA, EL REY DE SIERRA MORENA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL TESORO DE LA ISLA DE FUEGO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS POR MAR.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL ROY, "El cow-boy justiciero", contra "OJO DE AGUILA", "El chacal de la pradera".—12 cuadernos, a 10 cts. cuaderno.
LOS CAMARADAS DE SATANAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAFFLES, EL REY DE LOS LADRONES DE FRAC.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS CATACUMBAS DE LONDRES.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HENRY KRACK, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BLANCOS Y PIELS ROJAS.—8 cuad., a 15 cts. cuaderno.
EL DUQUE FANTASMA.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BILL BULL, EL MAS CELEBRE DETECTIVE DEL MUNDO.—8 cuad. a 30 cts. cuaderno.
CINEMATOGRAFO DE AVENTURAS.—8 cuad. a 20 cts. cuaderno.
EL CAPITAN LUCIFER.—6 cuad., a 20 cts. cuaderno.
EL AVENTURERO MILLONARIO.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA